

gunta era, en verdad, inocente y divertida. ¿Hemos de contar a Mr. Wells entre los amigos de Mr. Peter Magnus? Sea como quiera, a muchos les parecerá fútil la pregunta. Con ella no se hace sino confundir la historia del mundo con las listas de los colegiales o con los «resultados de las carreras». En la lista de mister Wells, Aristóteles se lleva un premio y Platón nada más que un accésit; el negro caballo Asoka resulta ganador con toda facilidad, mientras que ciertos favoritos como Alejandro, César y Napoleón ni siquiera son «colocados». Si queréis saber por qué se descalifica a este o aquel competidor el secreto, al parecer, está en esto: *cherchez la femme*. Mahoma tuvo demasiadas mujeres y le fué con ellas harto mal. Alejandro organizó una juerga en gran escala y tomó parte en ella. César tuvo un «asuntillo» (¡a los cincuenta y cuatro años!) con la amable Cleopatra. Por eso quedan descartados los tres. Y no deja de sorprendernos un poco tan amarga misoginia en el autor de «Ame Verónica».

Lo cierto es que tal investigación acerca de los seis hombres más grandes, es una concesión al instinto deportivo de los anglosajones. ¿Quién es el campeón de boxeo, de golf o de tennis? ¿Quién es el millonario más rico de América? Estas preguntas son susceptibles de contestación concreta, en el caso de que lo sepa uno. Parece, pues, natural, hacer preguntas semejantes en otros terrenos. ¿Cuáles son los cien libros mejores? ¿Cuál es el mejor cuento escrito en inglés? Y ahora ¿cuáles son los seis hombres más grandes de la historia? Pero estas preguntas no son susceptibles de contestación concreta. Podrán contestarlas de cien modos distintos otros tantos temperamentos. Son fútiles.

Aun suponiendo que tales preguntas no fueran fútiles, aun suponiendo, por ejemplo, que pudiésemos saber con certeza los nombres de los seis hombres más grandes de la historia (del mundo, ¿de qué nos serviría? Sería sólo un «hecho» curioso, una estadística, como las alturas relativas del Monte Everest y de Primrose Hill, o el número exacto de billetes de cinco libras puestos uno a continuación de otro que sería necesario para rodear al mundo por el Ecuador. Además, con eso nada se nos dice de los grandes hombres. Supongamos que Aristóteles fué «más grande» que Platón, como el Sr. Wells está dispuesto a admitir: ¿y qué? ¿Afectaría ello a nuestro parecer acerca de Aristóteles o de Platón? ¿No seguirían siendo, después de sentada autoritariamente su jerarquía, precisamente lo que eran antes para nosotros? En realidad son incommensurables. Representan diferentes cuali-

dades y actividades del espíritu humano, y decir que uno es «más grande» que el otro es como decir que una pella de manteca de cuatro onzas es «más grande» que las cuatro de la tarde. Sin embargo, ya me parece oír la réplica de mister Wells: hablamos de «influencia», de «impresión permanente en el mundo», y en esto son ya commensurables. A lo cual contestaría yo que el asegurar sus respectivas cantidades de influencia en el pensamiento humano, cae más allá de las fuerzas humanas, y aunque no cayera, la *virtud* de cada cual, el valor de cada uno para el pensamiento humano, permanecería intangible, inviolado. A Platón y Aristóteles sólo se les puede evaluar estudiando y asimilándose a Platón y Aristóteles, no porque le digan a uno que éste es «más grande» que aquél—dato informativo que el estudiante dejará tranquilamente de lado como inútil para sus propósitos.

Afirmar, pues, cuáles son los seis nombres más grandes de la historia del mundo a mi parecer nada añadiría a la ciencia útil y buscarlos es sólo un juego de sociedad, inocente del todo, como dice mister Wells, y divertido, sin duda, para los que se divierten con juegos de sociedad. Pero para jugarlo necesitaríamos reglas muy claras. Quiero decir que habríamos de escoger una norma definida de grandeza y después medirlos. Y yo creo que ni el juego de Mr. Wells ni el de su interlocutor en la entrevista es del todo limpio. El interlocutor vacila entre dos hitos: «carácter» e «influencia» o «impresión permanente en el mundo». Es obvio que ambos no van necesariamente unidos. ¿Y el hombre primitivo que inventó la rueda? Bien pudiera, por lo que sabemos de él, no tener «carácter ninguno, como las más de las mujeres» que diría Pope. Bien pudo tener muchas mujeres o jugar con alguna Cleopatra prehistórica, a los cincuenta y cuatro años de edad. Pero su invento (tal vez accidental) dejó ciertamente impresión duradera en el mundo. Puede contestar triunfalmente a la pregunta de mister Wells: «Su vida ¿hizo diferente de lo que era al mundo». Pero el propio Mr. Wells, que tan amablemente nos ha desenterrado a Asoka, nada tiene que decir acerca de este (en mi opinión) aún más grande hombre. Mr. Wells, sin embargo, procede a restringir su criterio primitivo con una pregunta diferente: «¿Hizo que los hombres empezaran a pensar según nuevas normas con un vigor y una vitalidad que durasen más que su vida?» Ese grande hombre nos hizo *empezar a pensar*: criterio intelectual. Pase en cuanto a los dos grandes fundadores de religiones. Pase en cuanto a Aristóteles ya Roger Bacon. Pero ¿qué diremos en cuanto a

Asoka y Abraham Lincoln? ¿Fueron grandes guías para el pensamiento? Grandes en «carácter» e «influencia», claro está (digo «claro está» en cuanto a Asoka por cortesía para con Mr. Wells, porque yo no había oído hablar de Asoka en mi vida), pero hombres de acción más que hombres de pensamiento. Y en la estimación de esos hombres, cabe siempre la duda de que su «grandeza» sea debida a circunstancias favorables—duda francamente admitida por Mr. Wells. «Un hombre se levanta por encima de su tiempo; siempre es difícil determinar cuánto les debe a sus contemporáneos; cuánto de lo que parece ser es debido a su propia fuerza innata y cuánto a la casualidad». Podéis pensar para vosotros—«*solos* viajan por los extraños mares del pensamiento», como dice la inscripción de Wordsworth para el monumento a Newton en Trinity Chapel—pero tenéis que obrar de acuerdo con los demás.

Una cosa tenemos que agradecerle a Wells. Ha sentido por poetas, pintores, músicos demasiado respeto para hacerlos entrar en su juego de sociedad. Así nos hemos perdido adivinanzas como éstas: ¿Es Beethoven «más grande» que Mozart? ¿Shakespeare que Milton? ¿O Miguel Angel que todos ellos? Verdad que el mundo es diferente porque ellos han vivido. Verdad que han hecho no sólo pensar, sino sentir, experimentar, gozar, a los hombres. Es, por lo tanto, una inconsecuencia el dejarlos de lado; pero una inconsecuencia feliz. Dante hubiera sido un estafalario compañero para Roger Bacon. Homero hubiera hecho un gesto de menosprecio al mismísimo Asoka. Por fortuna todos ellos tenían puesto un letrero: «Fuera de concurso».

G. BERNARD SHAW

MR. Wells ha aprovechado una pregunta necia para dar un nuevo paso en su valiosísima propaganda cultural. Preguntar los nombres de los seis hombres más grandes es como preguntar los nombres de las seis herramientas de carpintero de mayor tamaño. Jesús, que entendió algo de carpintería, se tuvo por buen predicador y, relativamente, por carpintero vulgar. En cambio, si hubiese sido aprendiz de albañil y trabajado en su oficio, probablemente le habría dejado muy atrás Miguel Angel; y Miguel Angel estaría completamente eclipsado por Charlot, como estrella del movimiento. Ninguno de los seis de Mr. Wells tuvo mala suerte en su elección frente a Titus Oates u Horacio Bottomley, dos caracteres del todo incommensurables por cierto, pero los uno porque su popularidad les sirve de común denomi-